

**“Permaneced en mi amor” (Jn. 15:9)**  
Sal. 98; Hechos 10:34-48; 1 Jn. 5:1-8; Jn. 15:9-17

Hohenau,  
Jesús,  
Cap. Miranda.

Me contaron por ahí, que existe una señora llamada “doña Paciencia”, y que esta señora, tiene una hermana, que se llama doña “Amor”. Doña Paciencia y Doña Amor, se quieren mucho: se hablan, se apoyan, caminan juntas, toman ricos mates y tererés juntas. Ellas sí que son buenas hermanas, porque además, de hermanas, ellas son amigas. A veces encontramos algo tan especial como eso en la vida. Agradecer y valorar a Dios por estas dos hermanas es necesario, porque ellas juntas son el sostén de su familia, y de la congregación cristiana también. Y esto que les digo no es invento. Dice la Palabra de Dios que “el amor es... paciente” (1 Co. 13:4). Y además, doña paciencia y doña amor, tienen un hermano también, que se llama “don Servicio”, como dice la Biblia: el amor “es servicial” (o bondadoso, 1 Co. 13:4). Amor, paciencia, servicio, eso es lo que Jesús nos dice hoy a los cristianos, a sus amigos: “Permaneced en mi amor” (Jn. 15:9), sean pacientes, permanezcan en el servicio.

#### “Permaneced en mi amor”

Nuestra sociedad está desgarrada por una ola violencia y de pecados lamentables: iras, robos, abortos, asesinatos, adulterios. Uno prende la TV y se pregunta: ¿Qué está pasando en nuestra sociedad paraguaya? ¿Qué pasa, que pareciera ser que tenemos cada vez más miedo de salir a la calle de noche? ¿Por qué nos está pasando esto como sociedad? Cristo da en la tecla cuando hoy les dice: “Permaneced en mi amor... Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado” (Jn. 15:9, 12).

Déjenme decirles, queridos hermanos, que este asunto no es nuevo. Hace mucho tiempo atrás que el ser humano perdió la capacidad de amar correctamente a Dios, y en su lugar comenzó a adorar y seguir ídolos vanos (desde Génesis 3, con la caída en pecado de Adán y Eva). Eso es lo que nos pasa también hoy día. Se adoran estatuas e imágenes que no aman, que no pueden sentir, que no saben nada de nuestro sufrimiento, que no son socorro y ayuda por más que se les prendan velas y sahumerios. Estos ídolos nada saben, porque se los ha fabricado el propio ser humano.

La ignorancia es tal, que nuestra sociedad ya no sabe ni siquiera cómo tratar a los hijos. El patrón estafa al empleado. El empleado roba al patrón. El vecino se acuesta con la vecina. Hay acoso familiar, hay deudas, hay de todo lo malo en abundancia, como un parque automotor con muchos autos estacionados, esperando por el mejor comprador. Pero no se ve, o no se suele ver por la calle ya, el respeto por el prójimo, las palabras de buen trato, de cordialidad, un “buenos días”, un “te quiero”, un “gracias”, un “por favor”. Vivimos acelerados de acá para allá, tomados de la mano de nuestros celulares. Le hemos cerrado la puerta, como sociedad, al amor de Dios. Es el amor de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo lo que es tan necesario para este mundo, un amor que se manifiesta primeramente en que recibimos de él, el perdón completo de nuestros pecados.

En la historia de Hechos 10:34-48, que recién escuchamos, Pedro visitó la casa de un soldado romano, llamado Cornelio, alguien que no era un judío de sangre, alguien que no pertenecía al grupo de los discípulos de Jesús. Pero Dios no hace acepción de personas, su perdón y amor, su misericordia, es para todas las personas, sin distinción. El amor de Dios es para ti también. Pedro relata Cornelio cómo Jesús de Nazaret “pasó haciendo el bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él”; de cómo a este Jesús “lo mataron colgándole de un madero”; que “a este levantó Dios al tercer día”, resucitado; y cómo Jesús le envió a Pedro y los demás discípulos a “testificar que él es el que Dios ha puesto por Jueces de vivos y muertos”; y cómo todos los profetas del Antiguo Testamento confiesan a este Jesús, de “que todos lo que en él creyeren, recibirán perdón de pecados por su

nombre” (Hch. 10:38, 39, 40, 42, 43). Dice que en ese momento, mientras hablaba todavía, “el Espíritu Santo descendió sobre los que oían el discurso” (Hch. 10:44).

Así sucede también hoy día, cuando hay una verdadera predicación de la Palabra de Dios, en forma de Ley y Evangelio, correctamente administrados y distinguidos: el Espíritu Santo desciende y viene a habitar en nuestros corazones, los llenan del perdón de Cristo y del amor del Padre, y generan un cambio en el corazón, un cambio de vida que comienza en el interior. El regalo de Dios de la fe, hace que nazca de nuevo, me da la vida eterna; el regalo de la fe vence al mundo, y su maldad, el regalo de la fe me capacita para obrar en adelante con el impulso del amor de Dios (Gl. 5:6). Nuestros corazones han recibido la unción del Espíritu Santo en las aguas claras y purificadoras del Bautismo. Bien temprano en nuestra vida, Dios se ocupó de tomarnos en su brazos, para que satanás no tuviera ningún poder sobre nosotros; para que no seamos como los paganos, que no tienen a Dios, sino tan solo estatuas de madera, ídolos hechos a la medida del corazón del hombre, pero que frente al juicio final, no tienen ningún valor. Y hoy día Cristo sigue siendo fiel, y permanece en nosotros, por el milagro de la Santa Cena, el misterio de amor en el cual Cristo viene con su verdadero cuerpo y sangre, en, con, y bajo las especies del pan y el vino, para alimentarme con su amor. Es lo que dice el apóstol Juan: “Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre; y estos tres concuerdan” (1 Jn. 5:8). Son tres los que dan testimonio del amor de Dios para con nosotros hoy día: el “Espíritu Santo”, o sea, la predicación y enseñanza del Evangelio; el “agua”, esto es, el sacramento del Bautismo; y la “sangre”, o sea, el sacramento de la Santa Cena. Por esos tres medios de gracia, Palabra y Sacramentos, Dios me mantiene conectado a su amor, para que yo pueda “permanecer en su amor”. Pero fuera de estos medios, no hay perdón ni amor revelado de Dios, sino tan solo el reino del diablo.

Jesús nos está diciendo hoy: “Permaneced en mi amor... Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado” (Jn. 15:9, 12). Porque “no me elegisteis vosotros a mí, sino que yo los elegí a vosotros, y os es puesto para que vayáis y llevéis fruto” (Jn. 15:16). Porque “vosotros sois mis amigos” (Jn. 15:14). Cristo es mi amigo, de pura gracia. Yo no lo elegí a él, sino que él me eligió a mí, me consagró para una nueva vida en el santo Bautismo, para realizar buenas obras, obras de amor que él preparó de antemano para que yo camine en ellas (Ef. 2:10).

Estas obras de amor para las que Cristo me alimenta con su Santa Cena, para las cuales el Espíritu Santo me llamó mediante el Evangelio, y por las cuales el Padre celestial me ha creado otra vez en el Bautismo, suceden en nuestra vocación de vida. Nuestra sociedad necesita desesperadamente de padres comprometidos en amar a sus hijos con el amor del Dios Trino. Padres que “permanezcan” en el amor de Cristo. A su vez, necesitamos otra vez que los hijos vean en Jesús a su mejor amigo. No Batman, no Superman, sino Cristo. Porque el amor de Cristo Jesús es real, es verdadero. Necesitamos a madres que “permanezcan” en el amor de Cristo, que den la vida por sus hijos, y no madres que le quiten la vida a sus hijos. Necesitamos otra vez a jóvenes comprometidos con el amor de Cristo, que “permanezcan” castos y vírgenes hasta el día en que lleguen al altar de Dios, para recibir su bendición sobre el santo estado del matrimonio. Necesitamos otra vez, jóvenes que quieran servir en la iglesia, que “permanezcan” activos en el servir a Cristo, que se ofrezcan y pidan a Dios si es su voluntad ser pastores, maestros, evangelistas. Necesitamos de ancianos que sirvan de pilares de la congregación cristiana con su sabiduría, con su experiencia, que ellos sean ejemplos vivientes de lo que significa haber “permanecido” en el amor de Cristo. Y necesitamos, finalmente, proteger a los niños de la maldad que nos rodea hoy día, ayudarles a ellos a crecer en el amor de Dios, a conservar su inocencia, a que jueguen con alegría, a que tengan la esperanza bienaventurada de la vida eterna.

Hermanos en Cristo Jesús, que Dios nos ayude a “permanecer” en el amor de Cristo, nos conserve en la paciencia y el servicio cristiano esta el día de Jesucristo, nuestro Señor. Amén.